

La teóloga protestante Marion Muller-Colard, galardonada «ex aequo» con el premio Abat Marcet de libro religioso en lengua catalana

«Crecer es llegar a creer en Dios por nada y por todo a la vez»

RAFA SANAHUJA
Y CRISTINA MIRANDA

Marion Muller-Colard es la ganadora *ex aequo* del último premio Abat Marcet de libro religioso en lengua catalana por su ensayo *L'altre Déu. El plany, l'amenaça i la gràcia*. Traducido al catalán por Adrià Pujol Cruells, ha sido editado por Fragmenta. El P. Jordi Cervera también ha sido premiado con la obra *Els exiliats i empresonats de la Bíblia* (Publicacions de l'Abadia de Montserrat).

Afirman que la vida son dos momentos buenos y ocho malos. ¿Qué opina de ello?

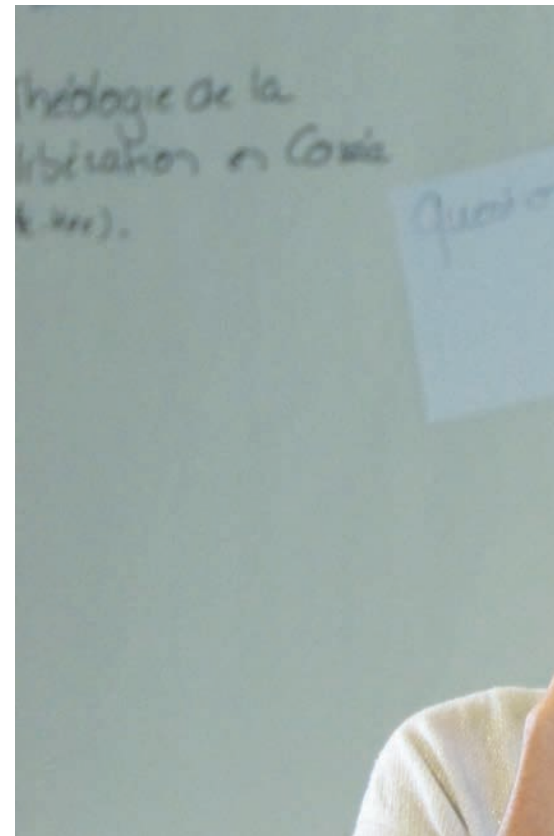
No, no exactamente. No podría cuantificar los momentos buenos y los malos en la vida; encuentro que son unos cálculos extraños. En primer lugar, pienso que todas las vidas son distintas y que sería bastante curioso llegar a evaluar de manera precisa cuántos momentos buenos y cuántos momentos dolorosos pasamos. En todo caso, no obstante, si existe una regla, espero que sea más bien al revés, ocho buenos momentos y dos malos.

¿Qué ha significado para usted recibir el premio Abat Marcet?

Un reconocimiento muy importante. Me emocionó que Fragmenta tradujera mi libro al catalán y también al castellano. Como dice Rosa Montero, una autora española que me gusta mucho, escribir es ir al lugar más profundo de uno mismo, donde todos existimos. El hecho de ser traducida y conocida por un premio en otro país me hace percatar que el trabajo de ir al fondo de mí engloba también a otros países y otras culturas, y eso es conmovedor.

Conocemos al Dios misericordioso que mira al ser humano con amor infinito. En su ensayo habla del otro Dios...

Este otro Dios es absolutamente compatible con el Dios misericordioso y de amor infinito. El otro Dios



es tal vez aquel que no puede protegernos de dos u ocho malos momentos que puede haber en la vida, pero que, en cambio, nos proporciona el coraje de afrontarlos, nos inspira y nos da fuerza en estos momentos, sin estar necesariamente en manos del curso de nuestra existencia.

Describen su ensayo como rompedor, como una mirada distinta desde el punto de vista teológico.

No creo que sea tan rompedor. Pensando en el libro de Job, podemos encontrar una legitimidad en abandonar la omnipotencia de Dios, en el sentido de un Dios que vendrá a agarrar las riendas de nuestras vidas. Por eso, no es un pensamiento teológico tan rompedor porque, en realidad, ya lo hizo Paul Tillich o Maurice Zundel. Otros teólogos han empezado desde hace tiempo con esa idea de renunciar a la omnipotencia divina.

¿Qué reflexiones efectúa sobre el lamento?

Hago referencia al libro de Job, en el que un hombre pierde de repente a toda su familia, todos sus bienes, y lo acepta diciendo la famosa frase que todos conocemos: «El Señor me lo dio, el Señor me lo quitó», y cae en la depresión, en el duelo, y por eso lo he llamado el lamento. Y este lamento, para mí, es algo importante, es una etapa importante que la religión, a veces, quiere hacer trans-



Fragmenta Editorial

currir demasiado rápido, como si no estuviera bien lamentarse. Vivimos situaciones tan violentas que creo que debemos tomarnos tiempo para el lamento, como hace Job. Cuando trabajaba en el hospital, viví mucho este tiempo de lamento, que nos hace vivir situaciones delicadas, en las que todo el mundo te observa con una mirada esperanzadora y dicen que todo irá bien, y eso me provocaba enfado porque pienso que hay momentos en los que se necesita gritar y llorar.

Otro concepto es el de la amenaza.

No hablo de la amenaza del virus, por ejemplo, o de la amenaza de cosas concretas, sino de la amenaza como un concepto existencial que está correlacionado con el simple hecho de existir. La amenaza de la muerte nos acecha todo el rato. Es algo que nos cuesta mucho dominar porque estamos programados para sobrevivir. Tenemos este fuerte deseo de vida y, por lo tanto, esta amenaza es difícil de asumir, quizá aún más hoy en día. Vivimos una especie de herida narcisista en relación con el progreso, porque estamos todos amedrentados ante algo microscópico, y eso nos recuerda que la amenaza no es algo que debamos abolir en la vida.

¿Y en lo referente a la gracia?

De este tríptico —lamento, amenaza y gracia—, es tal vez la más difícil de

hablar, porque es algo que se vive, no es algo que se explica. Lo he podido experimentar cuando estaba en el hospital, por ejemplo, o en los momentos de angustia. Es este sentimiento de, pese a todo, llegar a superar algo que pensábamos que nos destruiría y que al final logramos destruirlo nosotros. Es, en cierta manera, una gracia sorprendente, que desencadena que en momentos de horror exista una paz, algo que te permite superarlo.

Uno de los aspectos que más cuesta de entender al seguidor de Cristo es el tema de la cruz.

La teología de la cruz es una cuestión muy subversiva. Hoy en día tenemos ganas de todo menos de ser crucificados, pero esto también nos ayuda a buscar nuestra capacidad de acompañar a aquellos que nos rodean en su sufrimiento, y de afrontar también nuestro propio sufrimiento.

Es un hecho que los cristianos protestantes tienen una relación con la Biblia más directa que los católicos. Con el paso del tiempo, ¿se ha ido igualando?

Los protestantes tenemos la reputación de conocer muy bien nuestra Biblia y de trabajar justo en este texto bíblico que nos inspira hoy, de manera muy individual, sin intermediarios. Cada uno se toma la libertad de abrir su Biblia y de decir qué le explica. Hoy en día los católicos están comenzando a hacerlo también muy bien.

¿Existe una fe infantil y una fe adulta?

Me da la impresión de que esta fe infantil es una fe un poco supersticiosa; es allí donde la fe se confunde con la superstición, es esa fe de Job, que al principio cree en Dios para que Dios lo proteja. Tal vez crecer es llegar a creer en Dios por nada y por todo a la vez; una fe gratuita más relacionada con la vitalidad y que no es solo una ilusión de protección.

Vivimos un fuerte periodo de secularización. ¿Cómo se vive la fe en el mundo?

Actualmente existen muchas creencias, pero tal vez sean como la fe infantil de la que he hablado, que intentan hacerse ilusiones para tener una seguridad. Esta fe se manifiesta a través de diferentes medios, que a veces no tienen nada que ver con la religión. Es lo que Paul Tillich denomina el *ser*, que se opone al *no ser* y que es una fe sin un contenido real, no dogmática. Hoy en día existen muchas creencias en el mundo, pero están desordenadas.